

Cristina Rodríguez Aguilar

"Inspiración es revelación"

J.L. Borges

El poeta que ama los lirios silvestres decide una tarde ir al Jardín Botánico y olvidarse del mundo. Nada más atravesar las rejas de hierro todo se detiene, todo menos el latido de los versos que van dando una armonía propia al pulso de su sangre. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Árboles y flores por todas partes y nadie para molestarle. Escoge un rincón donde lucen unos lirios blancos gigantes y se sienta al lado de un pequeño chorro de agua. Ahora debería venir la inspiración, el aleteo de las musas debería detenerse sobre sus hombros y ofrecerle la exclusiva de una hermosa oda a la naturaleza. Pero lo único que se le acerca es un abejorro zumbón, que gira embriagado alrededor de uno de los lirios gigantes y de pronto el poeta se transforma en un simple humano cuya calma ha sido perturbada por un insignificante insecto. ¿Insignificante? Nadie sabe de qué códigos ocultos se valen las musas para enviar su inspiración. ¿Y si en las alas de ese abejorro estuviera cifrada una misteriosa melodía sobre la armonía interna de una oda? El poeta está demasiado empeñado en interpretar la presencia del abejorro como algo enojoso, así que ni por un momento puede imaginar que sí, que allí, en la corola del cáliz del lirio gigante, la inspiración se expande en aromas concéntricos y es la boda del abejorro que se une al lirio gigante en una danza de oda yámbica, la boda de los lirios gigantes que se unen ahora a un tropel de abejorros y el zumbido mece las flores como una madre que tararea una canción de cuna o un viejo que se mece para dormirse. El poeta no sabe que está inmerso en el corazón de un milagro y sin darse cuenta, se va olvidando de sí mismo, arrodillado ante la boda de los lirios gigantes y los abejorros, sintiendo una embriaguez que le lleva hasta la infancia, cuando salía con su padre en la barca y se quedaba dormido con el balanceo del mar, y

soñaba con perlas encontradas en las entrañas de un pez y con peces espada que eran sus aliados contra los piratas. Y así, las sombras van cayendo sobre todos los seres vivos del Jardín Botánico. Las rejas de hierro se han cerrado y no queda ya nadie allí, nadie excepto el poeta que quería escribir una oda y que yace ahora con el dedo gordo en la boca, tumbado como un niño bajo los lirios gigantes, acaso mecido por una corte de abejorros enternecidos ante ese ser torpe y grandote que ronca como un bendito y que, tal vez, sólo en sueños, pueda alcanzar el éxtasis de libar el polen dentro de la cálida corola de un lirio blanco gigante. Los abejorros se miran y se sonríen, y zumban por última vez su oda vespertina.

